

Morató Aragonés (Medalla de Oro de la ciudad de Reus e Hijo Adoptivo de Cornudella de Montsant) nace en Reus, provincia de Tarragona, en 1923. Entre 1928 y 1941 reside en Cornudella, donde empieza a pintar el Montsant hacia 1936 cuando recalán en esta localidad del Priorato pintores como Ignasi Mallo, con sus alumnos de la Escuela de Arte de la Generalitat en Tarragona, e Ivo Pascual, que en 1940 le animó a estudiar Bellas Artes, después de pasar los meses de verano pintando junto a él y a sus amigos Bosch Roger y Ventosa. En 1941, tras ganar la Medalla Fortuny con tan sólo 17 años, se traslada a Barcelona para cursar los estudios de Bellas Artes. En esta capital empieza su amistad con Bonaventura Puig y Perucho, heredero del paisajismo corotiano y de quien Morató siempre quiso reconocerse discípulo, y coincide en un retiro en Montserrat con Miquel Villà, que influirá en su forma de analizar el color del paisaje. Iniciado, pues, en el impresionismo, no será hasta su primer viaje a París en 1950 que empezará a definirse la síntesis de lenguajes que caracteriza su obra, entre la tradición naturalista del paisaje, la racionalización constructivista, herencia de Cézanne y sus seguidores, y algunos modos del informalismo y la abstracción en el trazo, el color y el tratamiento de la materia. En su segundo viaje a París, en 1954, descubre la pintura plana y la obra de Clavé, Bouffet y Chagall, desarrollando el gusto por una estética de talante expresionista, de perfiles marcados, rasgos acentuados y preferencia por los grises y azules y las tonalidades frías, empezando a ser conocido por su «paleta agrisada». París e Italia (donde en 1955 empieza a trabajar la pintura de estudio y se libera de las imposiciones de la obra al natural) serán, pues, los dos centros que aporten a Morató Aragonés los elementos necesarios para elaborar su propio estilo, fruto de la fusión de tendencias opuestas. Esa búsqueda del equilibrio entre lo real y lo abstracto, huyendo de las modas e intentando que su pintura fuera sincera (trabajando «desde dentro») es por lo que nunca se sintió ligado a ningún movimiento o grupo concreto. A este respecto dijo en el 78: «quien trabaja en el campo del arte, más que restar cualidades, debe añadirlas. Pretendo demostrar que hoy día, todavía, puede hacerse obra de arte mediante el dibujo, la forma», o también: «cuando mejor me encuentro es pintando el recuerdo de lo que he vivido, con una base de apuntes tomados del natural. Esto

hace que me acerque más a la realidad. Si no, algunas veces llegaría a una combinación de colores y formas casi abstractas+.

En los años sesenta, una de sus épocas más productivas, reduce sus salidas al extranjero para centrarse en el trabajo de estudio. Tras un nuevo viaje a París en el 64, empieza a utilizar la espátula como instrumento pictórico casi exclusivo, lo cual constituirá uno de los principales atractivos de la obra de esta etapa y una de las características definitorias de su estilo durante mucho tiempo. La originalidad de este tratamiento, no muy popular entre los pintores por las dificultades que entraña, propiciará (o quizá fuera a la inversa) el paso a una progresiva geometrización de su obra (planificación cristalográfica+, la llamará Santos Torroella), características que durarán hasta principios de los setenta y que coinciden con su período de exposiciones en la galería Grifé & Escoda. Esta geometrización le llevará a realizar obras cada vez más cerebrales, rasgos que después irán desapareciendo paulatinamente, coincidiendo con la recuperación del pincel, y que dejarán paso a un lirismo íntimo y a una mayor suavidad de formas. 1975, año de su exposición en Mitre Gallery, será el momento en que su gama de colores llegue al punto más suave y apastelado, produciéndose a partir de entonces una evolución inversa, con la recuperación de los tonos cálidos y de los contrastes audaces, afinando al máximo el lenguaje del pincel, evidenciando una dicción cada vez más libre y una fuerza de trazo que no perderá ni en los últimos momentos de su producción. Morató siempre quiso mantenerse vinculado a su tierra, pintando los paisajes de Cornudella y Reus, que alternaba en sus períodos más viajeros con vistas de los lugares que visitaba. El paisaje francés, con una arquitectura que favorecía la geometrización, y el austero paisaje castellano, que propiciaba el juego cromático y compositivo de difícil solución, fueron dos vértices opuestos de una realidad que él supo conjugar con destreza. Fundamentalmente paisajista y excelente dibujante, dedicó también a la figura y a las composiciones de cafés gran parte de su producción., sin olvidar, en épocas intermedias, los temas de marinas y los bodegones.

Con un extenso palmarés, reflejo de la dedicación apasionada a la pintura, fue también un gran amante de las tertulias, y su nombre forma parte de los incondicionales de las que tuvieron lugar en puntos emblemáticos de la capital catalana: Kansas, La Puñalada, Samoa, La Cova del Drac y Escarlata.

Murió en Barcelona el 5 de mayo, un mes después de clausurar la última exposición en su ciudad natal, y reposa en Cornudella, a la falda del Montsant, formando parte del paisaje que tantas veces pintó.

Maria Elena Morató